

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaría de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

	5 El Espíritu Santo
<i>Walter Kasper</i>	6 El Espíritu da la vida
<i>Michael Figura</i>	17 El Espíritu Santo y la Iglesia
<i>Paul Mc Partlan</i>	31 El Espíritu Santo y la Confirmación
<i>Alberto Espezel</i>	42 Iglesia, Eucaristía y Espíritu Santo
<i>Víctor Fernández</i>	48 La renovación pentecostal y los carismas
<i>Virginia R. Azcuy</i>	66 El viento sopla donde quiere...
<i>Dom Robert Le Gall</i> <i>O.S.B.</i>	80 Dos himnos al Espíritu Santo: El <i>Veni Creator Spiritus</i> y el <i>Veni Sancte Spiritus</i>
<i>Olegario González de Cardedal</i>	96 Testimonio: Estaciones de un camino

HIMNO

VENI CREATOR SPIRITUS (s. IX)

Ven Espíritu Creador
visita nuestras mentes
llena de la gracia divina
los corazones que tú has creado.

Tú que eres llamado el Paráclito
don del Dios altísimo
agua viva, fuego, amor
y unción espiritual.

Tú eres septiforme en tus dones
dedo del Dios altísimo,
solemne promesa del Padre
nos proporcionas tu Palabra.

Enciende una luz en nuestras
mentes, infunde el amor en
nuestro corazón, y lo que es débil
en nuestro cuerpo sánalo con tu
fuerza invencible.

Aleja de nosotros el enemigo
dános la paz,
contigo como guía,
evitaremos todo mal.

Por tí al Padre conozcamos
y al Hijo soberano omnipotente, y
a tí Espíritu de ambos procedente
con viva fe y amor siempre
creamos. Amén.

SECUENCIA

Ven Espíritu Santo,
y envía desde el cielo
un rayo de tu luz.

Ven, Padre de los pobres
ven a darnos tus dones
ven a darnos tu luz.

Consolador lleno de bondad,
dulce huésped del alma,
suave alivio de los hombres.

Tú eres descanso en el trabajo,
templanza en las pasiones,
alegría en nuestro llanto.

Penetra con tu santa luz
en lo más íntimo
del corazón de tus fieles.

Sin tu ayuda divina
no hay nada en el hombre,
nada que sea inocente.

Lava nuestras manchas,
riega nuestra aridez,
cura nuestras heridas.

Suaviza nuestra dureza,
elimina con tu calor nuestra frialdad,
corrige nuestros desvíos.

Concede a tus fieles,
que confían en Ti,
tus siete dones sagrados.

Premia nuestra virtud,
salva nuestras almas,
danos la eterna alegría.

Dos himnos al Espíritu Santo: EL VENI CREATOR SPIRITUS y el VENI SANCTE SPIRITUS

por Dom Robert Le Gall OSB*

La liturgia de la Iglesia es la "Obra de Dios" en el doble sentido de que Dios "obra" en ella para nuestra santificación y nosotros "obramos" en ella para Su gloria: es la definición que da de ella la Constitución del Vaticano II sobre la santa Liturgia *Sacrosantum Concilium* (1). Esta obra común, o "sinergia", es el acto convergente donde Dios y su Pueblo se encuentran para la celebración de su Alianza (2).

La práctica y la experiencia llevan a comprender de más en más que en la liturgia la acción de Dios es la más importante; la nuestra, suscitada por la suya, es una respuesta humilde y ardiente a sus iniciativas de amor. La Iglesia para "hacer" la "obra de Dios" debe primero "dejarse hacer", lo que es quizá la ley mas profunda del Nuevo Testamento, la ley nueva que enuncia San Pablo en su epístola a los Romanos: "Todos los que son obrados (literalmente) por el Espíritu Santo, son hijos de Dios" (8, 14).

En el centro del acto litúrgico importa primero dejarse hacer, recibir. Hay que ser como una página blanca, virgen, en la que el impresor va a "prensar" los caracteres; si la página es flexible, muelle, el carácter va a poder hundirse, lo que dará un verdadero relieve al texto, como saben

* Dom Robert Le Gall, abad de Sainte-Anne de Kergogan desde 1983, es autor de una decena de libros, en su mayoría sobre liturgia. Las dos obras más recientes son "L'esprit de saint Benoît" (El espíritu de san Benito), Cahiers de l'École cathédrale, Paris, Mame, 1995 y "Les Symboles catholiques" (Los Simbolos catolicos), Paris, Editions Assouline, 1996. Hay traducción al inglés y al alemán. Al italiano, en preparación.

1- Sac. Conc. No. 7.

2 - Esta presentación teológica de la liturgia esta desarrollada en muchas de nuestras obras o artículos. Ver especialmente *Dictionnaire de liturgie* (Diccionario de liturgia), C.L.D., Chambray-les-Tours, 3e. édition, 1997, p. 182-183; *Les Symboles catholiques* (Los Simbolos cristianos), Assouline, Paris, 1996, p. 70; en *Communio* no. XVI, 2 - mars-avril 1991, "La dignité des mystères" (La dignidad de los misterios), p. 83-99.

los tipógrafos y los bibliófilos; acariciando dulcemente la página impresa, se tiene la alegría de sentir las depresiones donde se sitúan los caracteres. Así debemos serlo para que Dios escriba en nuestras almas. San Pablo lo ha escrito a los Corintios: "Nuestra letra sois vosotros, una letra escrita en nuestros corazones, conocida y leída por todos los hombres. Vosotros sois manifiestamente una carta de Cristo, encomendada a nuestro cuidado, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo, no sobre tablas de piedra, sino sobre las tablas de carne, sobre los corazones" (2 Co. 3, 2-3). "Házte capacidad, yo me hare plenitud" decía Jesús a Sta. Angela de Foligno, mientras San Agustín escribía: "Dilatad los espacios de la caridad".

Es en la liturgia donde la Palabra de Dios encuentra su más amplia resonancia: venida del corazón de Dios, quiere imprimirse en nuestros corazones para marcarlos dulcemente. La parte de la Escritura en la misa, en los sacramentos o en los sacramentales y en los oficios de las horas es preponderante, y por esto importa dejarse impregnar por ella, en la audición, el silencio y el canto. En efecto, la impresión precede siempre a la expresión: cuanto más se deje a la Palabra imprimirse en nuestros corazones, más capaces seremos de expresarnos al nivel de Dios, lo que se realiza de manera privilegiada en el canto de los Salmos, que nosotros recibimos de Dios como palabra divina y humana y que retomamos como nuestra plegaria humana venida de Dios y dirigida hacia Él. Como prolongación de los Salmos y de la Escritura, la Iglesia ha compuesto sus propias plegarias, sugeridas también por el Espíritu Santo, no a título de inspirador de los libros sagrados, sino al de alma del Cuerpo de Cristo enderezado hacia el Padre.

He aquí como Dom Prosper Guéranger presenta la manera como la Iglesia ora a su Esposo: "Ya bajo la impresión de ese Espíritu que animó al divino Salmista y los Profetas, ella toma en los Libros del Pueblo antiguo el tema de sus cantos; ya, hija y hermana de los santos Apóstoles, entona los cantos insertados en los Libros de la Nueva Alianza; ya finalmente, recordándose que ella ha recibido también la trompeta y el arpa, da paso al Espíritu que la anima, y canta a su vez un *cántico nuevo* (Salm. 143, 9); de esta triple fuente emana el elemento divino que se llama la Liturgia(3). Los dos himnos al Espíritu Santo que vamos a comen-

3 - Prefacio general del *Année liturgique (A. Litúrgico)*, ed. 1878, Oudin, Paris, p. VI. La Constitución sobre la santa Liturgia se orienta en el mismo sentido: "En la celebración de la liturgia, la Santa Escritura tiene una importancia extrema. De ella son extraídos los textos que se leen y que la homilía explica, así como los salmos que se cantan; bajo su inspiración y en su impulso han brotado las plegarias, las oraciones y los himnos litúrgicos, y de ella reciben su significación las acciones y los símbolos. También, para procurar la restauración, el progreso y la adaptación de la liturgia, hay que promover ese gusto sabroso y vivo (*ille suavis et vivus sacrae Scripturae affectus*) del que testimonia la venerable tradición de los ritos tanto orientales como occidentales" (. SC No. 24; cf. Dei Verbum no. 25). Por eso la participación fructífera en la liturgia supone, hacia adelante y hacia atrás, si se puede decir, tanto una *lectio divina* que familiariza con la Escritura como una plegaria personal que la interioriza: el gusto de Dios se prepara y se prolonga.

tar son piezas maestras de la herencia litúrgica de la Iglesia Latina: ellas se han vuelto universales. Vinculadas a la celebración de Pentecostés, han entrado en la memoria de muchos como un llamado incesante a la venida del 'Consolador'.

1. El *Veni, Creator*

No se tiene certeza absoluta sobre el autor del *Veni Creator* que es seguramente uno de los himnos más profundos y más populares de la liturgia romana. Una tradición de la que se hace eco Dom Guéranger en sus *Institutions liturgiques*, lo atribuye a Carlomagno, que también es considerado un santo en algunas regiones (4). De hecho parece cierto que Carlomagno solo tuvo una cultura limitada, puesto que cabe pensar que no sabía escribir; su genio fue saber rodearse de consejeros muy cultivados, como San Benito de Aniane y de Alcuino. Se está de acuerdo en hacer remontar al S. IX el *Veni Creator*. No se está seguro de su autor; el nombre que se indica mas frecuentemente es el de Raban Mauro, monje benedictino de Fulda, que fue enviado ante Alcuino; llegó a ser más tarde abad de su monasterio y, finalmente, arzobispo de Maguncia (780-856) (5). ¿No es azar feliz, finalmente, que el autor de tal oración sea incierto? Casi la totalidad de las piezas gregorianas, compuestas en el curso de los S. VIII y IX nos han llegado de modo perfectamente anónimo: clérigos o monjes impregnados de los salmos, los han recitado dejando a las palabras y las frases expandirse en el mayor ser de la expresión que es el canto. Su obra fue de golpe católica y universal, como testimonia todavía quien la oye. ¿No es el mayor homenaje para un autor saber que su pensamiento ha sido recibido y transmitido hasta el punto de volverse común, en el pleno sentido de la comunión? Tal es la gloria del autor del *Veni Creator* (6).

4 - *Institutions liturgiques*, Palme, Paris, t. 1, 1878, p.243. Cf. *Année liturgique*, en Tiempo pascual, t. 3, Oudin, Paris, 1877, p. 341: "Es el cántico tan misterioso y tan grandioso que nos ha legado el S. IX, transmitiéndonos la tradición que da a Carlomagno por autor de esta obra sublime". Se puede leer en el mismo sentido S.-G. PIMONT, *Les hymnes du Breviaire romain (Los himnos del Breviario romano)*, Paris, Poussielgue, t. III, 1884, p. 129-131: "Al presente pues el debate se circunscribe entre Carlomagno y Raban Mauro, y si, para resolverlo en favor de uno u otro, nos faltan los documentos, al menos no es imposible vengar la exclusión, que a nuestro parecer, se les ha infligido demasiado a la ligera" (p. 129-131).

5 - Cf. *Dictionnaire de Spiritualité (Diccionario de Espiritualidad)*, t. XIII, Paris, Beauchesne, 1988, p. 2s. "Sólo el himno *Veni Creator Spiritus* puede serle atribuido con una gran probabilidad", se lee en pagina 7. Ver *The Oxford Dictionary of the Christian Church (Diccionario Oxford de la Iglesia Cristiana)*, ed. por F.L. KROSS (2da. ed), 1974, London, Oxford University Press, p. 1431; *Dictionnaire des auteurs grecs et latins de l'Antiquité et du Moyen Age (Diccionario de autores griegos y latinos de la Antigüedad y de la Edad Media)*, traducido del alemán y actualizado por J.D. BERGER y J. BILLEN, Brepols, 1991, donde se lee en la pagina 735: "R. compuso tambien himnos, pero el célebre *Veni Creator* le es probablemente atribuido por error". Notese que el *Liber Hymnarius*, que es el *Tomus alter del Antiphonale Romanum* recompuesto por los monjes de Solesmes segun *Liturgia Horarum* (Solesmes, 1983), lo atribuye a Raban Mauro (p.618).

6 - Cf. Dom A. WILMART, *Auteurs spirituels et textes dévots du Moyen Age latin. Etudes d'histoire littéraire*, Paris, Bloud et Gay, 1932, p. 38. Se encuentra en las paginas 37 a 45 de ese repertorio un estudio sobre "El himno y la secuencia del Espíritu Santo".

Este himno se presenta bajo la forma de seis estrofas de cuatro versos cada una; cada verso comporta ocho pies. En la poesía latina, no se busca la rima y la asonancia, sino sobre todo el ritmo. Todavía hay que señalar una diferencia importante entre los poetas latinos clásicos, atentos a la cantidad de las sílabas –alternar de largas y breves– y los de la Antigüedad cristiana, que gozaban con la musicalidad del acento.

El *Veni Creator* esta construido sobre la estructura sólidamente establecida por San Ambrosio. "La célula métrica del verso yámbico corto impulsaba a cierto enunciado formulario, estrechamente encuadrado por los límites de las ocho sílabas. La forma de base más frecuente de enunciado incluye en él tres palabras que, en general, hacen juntas un sentido completo. Resulta de ello una estructura simple y clara; sería un poco cansadora por la uniformidad de sus acentos métricos, si ella no se fragmentara en esas unidades de dimensiones reducidas que son el metro yámbico y la estrofa de cuatro versos. Esta composición formal rigurosa impresiona por su plenitud grave más que por sus inconvenientes de pesadez y monotonía" (7).

De las palabras dispuestas del himno y de su acentuación nace ya una música verbal. Esto es verdad para toda lengua con sus características propias, porque el italiano o el español no resuenan como el inglés. Los poetas latinos clásicos, como Virgilio u Horacio, fundaban el ritmo de sus composiciones en la cantidad, larga o breve de las sílabas; poco a poco dominó el acento, el que por lo demás era reconocido como largo; resultaron así formas más flexibles que debían influir hasta la poesía moderna. En efecto, en el S. IX, todo cambia lentamente con San Hilario y San Ambrosio, influídos, se dice, por la poesía de San Efrem. En éste, el verso "no esta construido segun la antigua regla de la cantidad que dispone las sílabas largas y breves para formar así los distintos pies métricos, sino según el principio del acento tónico y del número de las sílabas. El elemento formal del verso es el alternar de sílabas acentuadas y no acentuadas, de los movimientos de elevación y de cadencia, así como el número igual de sílabas en los versos correspondientes, al menos de los acentos fuertes. Esta nueva forma de la poesía rítmica, a la que se ha atribuido origen semita, debía abrir el camino del porvenir" (8).

"La palabra latina *accentus*, de *ad* y *cantus*, indica bastante que el acento es como la anotación de la melopea del lenguaje. Distingue, en efecto, las sílabas sobre las que se debe levantar la voz de aquellas en que se debe bajarla; y haciendo alternar así los sonidos agu-

7 - AMBROSIO DE MILAN, *Hymnes. Text établi, traduit et annoté sous la direction de Jacques Fontaine, membre de l'Institut*, Paris, Cerf, coll. "Patrimoines christianisme", 1992, p. 63. El texto citado es de Jacques Fontaine en la Introducción.
8 - H. LECLERQ, *Dictionnaire d'Archéologie Chrétienne et de Liturgie*, art. "Hymnes" (Himnos), t.VI, c.2902..

dos y los graves, produce esa especie de canto del que viene su nombre. Es esta vibración la que forma, por así decir, según la expresión feliz del gramático Diomedes, el "alma de la palabra" (*anima vocis*), que domina sobre una de las sílabas de cada palabra, la individualiza y forma con ella como un centro de unidad entre las sílabas de la misma palabra" (9).

La noble musicalidad del acento latino resalta particularmente en el marco del metro yámbico popularizado por San Ambrosio. Ese verso ligero ha sido calificado de "metro con pies que vuelan" (*uolucripes dimetria*) "El uso himnico del metro, autorizado con tanta autoridad, se aproximaba también a los ritmos simples de la canción popular (...) Un metro simple y disponible pues, pero un metro muy regular. Ambrosio hace de él el uso mas estricto, creando una forma de él triplemente fija: cada himno comporta 8 estrofas (el *Veni Creator* solo comporta 6), cada uno de los versos de forma idéntica y generalmente de fuerte unidad sintáctica: cada verso observa, salvo muy raras excepciones, una estructura isosilábica de 8 sílabas. Se acentúa en él el contraste entre pies pares, puramente yámbicos, y pies impares en que el yambo es evitado a menudo. El acento de la palabra es movilizado en él al servicio del ritmo. Prácticamente, esta disposición instituye un alternar simple y neto entre una sílaba débil y una sílaba fuerte. Todo esto explica la textura sólida que toma, con Ambrosio, ese verso ligero hasta entonces. Su armazón simple, clara, ritmada, debía permitirle sobrevivir fácilmente a la pérdida del sentido de las cantidades silábicas, transformándose en un simple tetrapodeo - recordemos que el yambo es un pie de dos sílabas de las que la primera es breve y la segunda larga - aun un octasílabo con la última palabra paroxitona" (10).

Estas precisiones sabias no son inútiles para cantar nuestro himno con la plenitud conveniente. La cuarta estrofa está compuesta de metros yámbicos perfectos (salvo la elisión del tercer verso): tres palabras de las que la primera está acentuada en la segunda sílaba y la tercera en la antepenúltima. Es posible captar, con la simple pronunciación de esos versos, su nobleza: *Accénde lumen sénsibus / Infúnd (e) amórem córdibus / Infirma nostri córporis / Virtúte fírmanis pérpeti*. Cuando el acento no está sobre la segunda sílaba de la primera palabra del verso, hay que arreglarse para dar importancia a esta sílaba, a menudo terminal: *Veni, Creator, Spiritus*, donde se debe marcar la sílaba *ni*; sucede lo mismo para los otros versos de la primera estrofa: *Méntes tuórum vísita / Imple su-*

9 - S.-G. PIMONT, *op. cit.*, t. 1, 1874, p. LXXXV.

10 - AMBROSIO DE MILAN, *op. cit.*, p. 85: el texto es de J. Fontaine.

pérna grátia / Quae tu creásti péctora. Así las sílabas que deben ponerse en relieve en el metro son las de los pies segundo, cuarto y sexto; el octavo es el reposado final, mientras que el verso siguiente parte sin preparación: se trata ciertamente de un ritmo binario. Señalemos todavía, que salvo tres excepciones, cada uno de los versos termina por un dáctilo, es decir una palabra cuyo acento esta en la antepenúltima sílaba (una larga y dos breves, como los dedos tienen una falange grande y dos más pequeñas). El canto se apoyará sobre toda esta estructura para darle una nueva amplitud, dándole ese mayor valor que es la música en el orden de la expresión.

El *Veni Creator* es cantado en el tono del octavo modo gregoriano. ¿Qué es un modo? Etimológicamente es una manera ("*modus*" en latín significa "manera", "forma", "especie") de cantar. He aquí la definición de él que gustaba dar el Canónigo Jean Jeanneteau, el célebre sabio, animador de las sesiones gregorianas de Fontevraud: "El modo gregoriano es un conjunto homogéneo de notas que evolucionan sobre cuerdas en dependencia de una final, cuerdas que tienen su papel artístico propio, produciendo los movimientos internos de esas notas un vocabulario, una sintáxis y fórmulas particulares o comunes. El todo es movido por una misma dinámica cuyo conjunto crea una estética propia que se llama *ethos* (del griego *ethos*, "costumbre", "uso", "hábito")" (11).

El octavo modo gregoriano es calificado tradicionalmente como *perfectus* (12). Que sea el modo de la plenitud se explica por sus particularidades objetivas. En efecto, su tónica es el sol, rodeada de tonos plenos hacia arriba y hacia abajo: sol - la y sol - fa, lo que le da una base sólida. Su escala privilegiada sol - la - do, que va de la tónica a la dominante, es clara, prolongada por los dos tonos plenos do - re - mi. Se ve que el semitono si - do tiene poco espacio; solo interviene como un intervalo de pasaje.

La melodía del *Veni Creator* sirve maravillosamente al texto estructurado por el metro yámbico. El primer verso parte de la tónica, en torno de la cual empieza a bordar un tono por encima y un tono por debajo, lo que da a todo el himno un fundamento solemne; luego el verso esboza el arpeggio sol - la - do, volviendo a apoyarse sobre el sol; el do - re - do florece entonces con facilidad. El segundo verso se mantiene sobre el do, pero para descender inmediatamente sobre la tónica, hacer el arpeggio sol - la - do, bordar sobre el re, antes de dilatarse sobre un re - mi - re.

11 - *Le Chant gregorien redécouvert. Précis théorique et pratique de chant gregorien sous la direction de Maurice Tillie.* Chambray -les-Tours, C.L.D., 1997, p.206. Sobre el modo como los ocho modos se originan sobre las cuerdas madres do, re, mi, ver Dom D. SAULNIER, monje de Solesmes, *Le chant gregorien. Région del Loria*, 1995, p.40-52.
12 - M. TILLIÉ, op. cit., p. 216.

El tercer verso canta de nuevo en la altura, desciende por grados conjuntos hacia la tónica, remonta un instante sobre la dominante con un bordado sobre el re, luego canta con seguridad el acorde sol - la - do. El cuarto verso empieza por la dulzura del semitono si - do y desciende apaciblemente hacia la tónica bordando sobre el la y sobre el sol. Se puede decir que los dos primeros versos son una llamada poderosa y clara que sube en *crescendo*, mientras que los dos últimos constituyen una petición llena de noble dulzura.

Nos resta comentar rápidamente las estrofas de nuestro himno para mostrar que ellas vienen de una larga impregnación de la Palabra de Dios, y para invitar a pronunciar bien las palabras, para que ellas impriman también en nuestros corazones los sentimientos de la verdadera oración.

*Veni, creátor Spíritus,
mentes tuórum vísita,
imple supérna grátia,
quae tu creásti péctora (13)*

La estructura del himno pone en relieve los dáctilos que terminan cada verso y que la melodía canta claramente de manera silábica. Desde la primera estrofa, sabemos lo que pedimos por esas cuatro palabras: *¡Que el Espíritu visite por su gracia nuestros corazones!* Es necesario cantarlos con nitidez. Entre la Ascensión y Pentecostés la Iglesia canta este himno para que ella sea por entero visitada por el Espíritu Santo, para que ella sea llena de la gracia de lo alto, según la promesa hecha por Jesús a sus Apóstoles (Lc. 24, 49; Hechos 1, 8). Pero las visitas del Espíritu, como las "visitas del Verbo" de que habla San Bernardo en sus homilías sobre el Cantar de los Cantares, no se limitan a las celebraciones del fin del tiempo pascual; en cada instante el Padre envía al Espíritu Santo en su nombre (Jn. 14, 26), para que obre en nuestra vida concreta (cf. Rom. 8, 14).

El primero y el último verso de la estrofa cantan al Espíritu como "Creador". Se sabe que las tres Personas divinas –que son un sólo Dios– crean juntamente. San Ireneo, uno de los primeros teólogos de la Iglesia, escribía que el Verbo y el Espíritu son "las dos manos" del Padre para modelar la creación, lo que es una especie de comentario a este versículo del Salmo 33 (32 en la Vulgata): El Señor ha hecho los cielos por su Palabra, el universo por el Sople de su boca" (14).

13 - Ven Espíritu Creador / visita nuestras mentes / llena de la gracia divina / los corazones que tu has creado.
Traducción del "Himnario" de la Arquidiócesis de Buenos Aires. Lo mismo las de las notas 15, 17, 19, 20 y 21.
14 - V. 6.

El soplo vuela y palpita como el viento, por ello el Espíritu Santo es representado a menudo por una paloma. El segundo versículo de toda la Escritura dice que "un viento de Dios flotaba sobre las aguas" (Gen. 1, 2), lo que es traducido a menudo "un soplo de Dios planeaba sobre las aguas", incubándolas por así decir y transformándolas en aguas de donde la vida podía surgir. La paloma que sale del arca de Noé al fin del diluvio anuncia también la victoria de la vida sobre las aguas de la muerte. En el bautismo de Jesús en el Jordán, el Espíritu aparece precisamente como una paloma, fecundando al agua para que ella llegue a ser el sacramento del paso de la muerte a la vida. El Espíritu Santo está presente entonces en el principio de la creación como en el de la re-creación por el Bautismo.

El es el agua viva (cf. Jn. 4, 10-14) que Dios vierte en nuestras almas: "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado" (Rom. 5,5). En el tercer verso, se oye verter esa agua cuando la melodía desciende; ella se derrama desde lo alto y su nivel sube con la gracia: *Imple supérna grátia.*

*Qui dícis Paráclitus,
donum Dei altíssimi,
fons vivus, ignis, cáritas,
et spiritális únctio. (15)*

Esta estrofa canta los nombres del Espíritu vertido en nuestros corazones. Jesús mismo anuncia la venida del Espíritu como Paráclito (Jn. 14, 26; 16, 7), es decir como "abogado". En efecto el griego *paracletos* como el latín *advocatus* significa "el que es llamado junto" a alguno para defenderlo y asistirlo. El es el Don de Dios altísimo. San Juan vincula al "Don de Dios" con "el agua viva": "Si tu supieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dáme de beber, serías tú que la hubiera pedido y él te habría dado el agua viva" (14, 10) (16). Élla mana todavía en el tercer verso, donde asciende también la llama de la caridad, antes de derramar con gran dulzura en el cuarto la unción espiritual. El Espíritu es esta "unción venida del Santo", que habita en nosotros y nos enseña todo (1 Jn. 2, 20, 27).

15 - Tú que eres llamado el Paráclito/don del Dios altísimo/agua viva, fuego, amor y unción espiritual.

16 - Notar cómo el Espíritu, que no es nombrado explícitamente, está presente en la gran Plegaria sacerdotal de Jesús en el capítulo 17 de San Juan, bajo las expresiones del don (2, 4, 6, 7, 8, 9, 11, 12, 22, 24), de la unidad, del amor.

*Tu septiformis múnere,
Dextrae Dei tu dígitus,
Tu rite promíssum Patris
Sermóne ditans gúttura. (17)*

El Espíritu es designado tradicionalmente como el Espíritu de los siete dones. Se conoce la simbología del número siete, que es para los judíos el de la plenitud (18). De hecho el texto de Isaías que está en el origen de la lista de los siete dones del Espíritu sólo comporta seis elementos: "Sobre él (el retoño de la raíz de Jessé) descansará el Espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fuerza, espíritu de conocimiento y de temor del Señor" (11, 2). Los Setenta y la Vulgata han agregado la "piedad" como desdoblamiento del temor del Señor. Sin embargo el *Apocalipsis*, desde los primeros versículos, habla de los "siete Espíritus presentes" ante el trono de Dios (1, 4; cf. 3,1; 4, 5).

El Espíritu septiforme en sus dones, imprime en nuestros corazones el pensamiento y la voluntad de Dios que es Amor. Es lo que escribe San Pablo en su segunda Epístola a los Corintios, citada al comienzo de este artículo: los cristianos son una carta de Cristo escrita con el Espíritu de Dios vivo sobre tablas de carne (3, 3). El *Deuteronomio* precisa que las tablas de la Ley eran escritas "por el dedo de Dios" (9, 10; cf. Ex. 8, 15 y Salmo 8, 4): ese dedo de Dios, es el Espíritu que expulsa a los demonios, según la palabra de Jesús (cf. Lc. 11, 20 comp. a Mt. 12, 28), y que escribe sobre nuestros corazones. El himno canta al Espíritu como "el dedo de la diestra de Dios"; el Cristo es la Diestra de Dios; Dios es simbolizado por su mano fuerte y su brazo extendido (cf. Ex. 6, 1, 6; Dt. 5, 15). El Padre es el brazo, el Hijo es la mano, el Espíritu es el dedo: es él quien nos toca, como se ve en el ícono de la Trinidad de Roublev, el que "santifica los dones", el que es la unción. No solo él impregna a nuestros cuerpos por el santo crisma del bautismo y de la confirmación (también del orden) sino también habita nuestro pecho, nuestro aliento y nuestra voz, otorgándonos el hablar para ser los testigos y los cantores de las obras de Dios, como a Pedro y los Apóstoles en el día de Pentecostés (Hechos 2).

*Accénde lumen sénsibus,
infúnd(e) amórem córdibus,
infírma nostri córporis
virtúte firmans pépeti. (19)*

17 - Tú eres septiforme en tus dones/dedo del Dios altísimo/solemne promesa del Padre/nos proporcionas tu Palabra.

18 - El Señor en el Evangelio le dice a Pedro que hay que perdonar "hasta setenta veces siete" (Mt. 18, 22), lo que quiere decir infinitamente.

19 - Enciende una luz en nuestras/mentes, infunde el amor en/nuestro corazón, y lo que es débil en nuestro cuerpo sanalo con tu fuerza invencible.

Hemos citado ya a estos versos de factura perfecta: ellos piden la luz para la inteligencia, el amor para el corazón, la fuerza para el cuerpo prometido a la vida eterna. Para cantar bien todas esas palabras que se bastan a sí mismas, conviene cuidar la pronunciación de los dáctilos finales

*Hostem repéllas lóngius
pacémque dones prótinus;
ductóre sic te práevio
vitémus omne nóxium. (20)*

Si tenemos necesidad de una fuerza divina, es porque el combate nos enfrenta con un enemigo temible: "Sed sobrios, velad, escribe San Pedro. Vuestro adversario el Diablo, ronda como un león rugiente buscando a quien devorar. Resistidle firmes en la fe" (1 Pe. 5, 8, 9). A los Efesios, San Pablo da las mismas recomendaciones: "Revestid la armadura de Dios, para poder resistir a las maniobras del Diablo. Porque no es contra adversarios de sangre y carne que debemos luchar, sino contra los espíritus del mal que habitan los espacios celestes" (6, 10 - 12). El Apóstol detalla toda la armadura para concluir: "En fin, recibid el casco de la salvación y la espada del Espíritu, es decir la Palabra de Dios" (v. 17).

Sostenidos en la lucha, como Jesús "llevado por el Espíritu en el desierto" (cf. Lc. 4,1), podemos gustar la paz que Dios promete a los que combaten con Él y por Él, esa paz, que después del amor y la alegría, es un fruto privilegiado del Espíritu y un signo de su presencia (cf. Ga. 5, 22). Así, el Espíritu nos conduce a través de las acechanzas del Enemigo para evitarnos todo mal.

*Per te sciámus da Patrem,
noscámus atque Filium,
te utriúsque Spíritum
credámus omni témpore. (21)*

La doxología del himno es una condensación de lo que se llama la joya de los Sinópticos, especialmente en el texto de San Lucas: Jesús se estremeció de alegría bajo la acción del Espíritu Santo y dijo: "Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado esto a sabios y a los inteligentes y haberlo revelado a los pequeños. Si, Padre, porque tal ha sido tu agrado. Todo me ha sido dado por mi Padre, y nadie sabe quién es el Hijo sino es el Padre, ni quién es el Padre sino el Hijo, y

20 -Aleja de nosotros el enemigo /danos la paz./contigo como guía, /evitaremos todo mal.

21 -Por Tí al Padre conozcamos/y al Hijo soberano omnipotente, y/a Tí Espíritu de ambos procedente /con viva fe y amor siempre /creamos. Amén.

aquél a quién el Hijo ha querido revelarlo" (10, 21 - 22). Es el Espíritu, beso de amor del Padre y del Hijo, quien nos lo hace conocer en la experiencia que nos comunica de su don mutuo infinito.

El tercer verso, que canta al Espíritu como procediendo del Padre y del Hijo, podría ser una indicación histórica de la composición del himno. En efecto, el concilio de Aix-la-Chapelle de 809, ha proclamado la doctrina del *Filioque*, según la cual el Espíritu procede del Padre y del Hijo, lo que los Orientales admiten difícilmente. De hecho, se trata de una formulación mas diferente que divergente, porque es del Padre que el Hijo recibe la capacidad de "expirar" con él el Sople del Amor (22). El *Te utriusque Spiritum* confirmaría así el origen carolingio del *Veni Creator* (23).

Señalemos para terminar que la doxología del himno canta a las tres Personas divinas al fin de sus tres primeros versos: son dáctilos para el Hijo y para el Espíritu, pero un espondeo para el Padre, lo que, con el *Tu rite promissum Patris*, es la única excepción de los 24 versos; resulta de ello en los dos casos una manera particular (elevando sobre la penúltima) de cantos al Padre, fuente de toda la divinidad. La confesión de los Tres es saludable *omni tempore*, en todo el tiempo y todo el tiempo, y es el Espíritu quien la hace en nosotros.

2. El *Veni Sancte Spiritus*

Con la secuencia de Pentecostés cambiamos de siglo y de género. Pasamos del S. IX al XIII, puesto que aquella llamada "la secuencia de oro" es atribuída comunmente a Esteban Langton, arzobispo de Canterbury y cardenal, muerto en 1228 (24), más que al Papa cisterciense Inocencio III, muerto en 1216. Se podría pensar que el Papa ha recibido de su antiguo condiscípulo de Paris, a quien él mismo ha consagrado en Viterbo en 1207, la secuencia cuya difusión ha facilitado (25).

El género de la secuencia difiere del de un himno vespéral; este último está marcado por una gravedad serena, mientras que la primera es ligera y alegre. El canto de la última sílaba del *Alleluya* se ha desarro-

22 - Ver sobre este tema las profundas reflexiones de J.-M. GARRIGUES, *Le Filioque affranchi du "filioquisme"* en *Trentikon*, 1996/no. 2, p. 188-212.

23 - Cf. P.-M. GY, "Le tresor des hymnes", en *La MaisonDieu*, 173, 1988, p. 25-26; S.-G. PIMONT, *op. cit.*, t. III, p. 129.

24 - *The Oxford Dictionary of the Christian Church*, *op. cit.* p. 1431.

25 - Cf. Dom WILMART, *op. cit.*, p. 39-40; H. LECLERCQ, *Dictionnaire d'Archéologie chrétienne et de Liturgie*, *op. cit.*, t. 15, primera parte, Paris, Letouzey et Ane, 1950, c. 1302.

llado para permitir al diácono tener tiempo para subir los escalones del ambón; como esta melodía amplia - el *jubilum* - desconcertaba a los monjes francos que tenían dificultad para retener las melismas o neumas (de *pneuma*, "soplo" o "espíritu", porque era necesario aliento para cantarlas), estos últimos tuvieron la idea de deslizar palabras bajo las notas: éste fue el origen de ese alineamiento de palabras ("prosa") que sigue (de donde "secuencia") al *Alleluia* (26). En los siglos IX al XII, la secuencia tuvo un gran éxito, con las composiciones de Notker, monje de Saint-Gall muerto en 912, y las de Adam, canónigo de Saint-Victor, bretón muerto en la Abadía de París en 1192. El *Misal Romano* de la reforma litúrgica del Vaticano ha retenido de esa intensa creatividad solo cuatro secuencias: el *Victimae paschali laudes* del día de Pascua, el *Veni Sancte Spiritus* del día de Pentecostés, el *Lauda Sion* del Corpus Christi y el *Stabat Mater* de la fiesta de Nuestra Señora de los siete dolores. El *Liber hymnarius* ha conservado el *Dies irae* como himno facultativo para la última semana del tiempo ordinario, la trigésimo-cuarta (27).

La secuencia de Pentecostés cuenta con diez estrofas de tres versos cada una: treinta versos entonces en lugar de los veinticuatro del *Veni Creator*. Aquí los versos tienen siete pies en lugar de ocho. Más allá de esa cuenta, lo que hace la diferencia entre las secuencias y los himnos "es la ausencia en las primeras de toda prosodia y cantidad; sólo se emplea la poesía rítmica, sin consideración a la longitud o brevedad de las sílabas" (28). El acento y la rima cada vez más marcados. Aquí, la última palabra del último verso de cada estrofa termina por la rima en *-ium*: *radium*, *cordium*, *refrigerium*, *solatium*, *fidelium*, *innoxium*, *saucium*, *devium*, *septenarium* y *gaudium*; además la final de los dos primeros versos de cada estrofa rima. El acento es puesto inmutablemente sobre los pies primero, tercero y quinto del verso.

Siguiendo al *Alleluia*, la secuencia le toma su tema a la vez literario y musical. El versículo del segundo *Alleluia* pide al Espíritu Santo venir a llenar el corazón de sus fieles y encender en ellos el fuego de su amor: *Veni Sancte Spiritus, reple tuorum corda fidelium et tui amoris in eis ignem accende*. La secuencia comienza por la misma llamada: *Veni Sancte Spiritus*; su entonación está hecha por las mismas notas del *Alleluia* y de su versículo: do-re-mi-fa-mi-re-do-re. Se trata del modo de re, el primer modo, que es el de la serenidad y de la paz (29), teñidas aquí de una alego-

26 - Ver nuestro *Dictionnaire de Liturgie*, *op. cit.*, p. 211; H. LECLERCQ, *op. cit.*, c. 1294-1303.

27 - El *Liber hymnarius* es el *Tomus alter* del nuevo *Antiphonaire romain Solesmes*, 1983, p. 126-130.

28 - H. LECLERCQ, *art. cit.*, c. 1297.

29 - M. TILLIE, *op. cit.*, p. 207.

ría ágil: son los frutos del Espíritu (cf. Ga. 5, 22) que canta la secuencia. Ella lo hace no en diez estrofas de melodía semejante - como las seis del *Veni Creator* - sino, a la manera de las prosas, en cinco aires diferentes, repartidos cada vez, lo que supone el alternar de dos coros.

"Esta secuencia de Pentecostés es de plena belleza, escribe Dom Louis Baron, monje de Kergonan, en *L'Expression du Chant grégorien*, y los sentimientos que ella expresa son bastante claros para poder prescindir de todo comentario. Señalemos sin embargo que la forma general de esta oración - porque es una oración, no hay que olvidarlo - es la misma que la del *Allehuya*. En los dos primeros versículos la melodía es discreta, retenida, humilde. En el tercero y cuarto ella se anima desde el principio por el ímpetu que va del la al re. En el quinto y sexto, alcanza su máximo de potencia y de ardor por el ataque discreto sobre el re superior. En el séptimo y octavo vuelve a la discreción del comienzo. Igualmente en los dos últimos, partes de la elevación del comienzo, que es por lo demás absolutamente pasajera. Se la canta generalmente muy bien porque es fácil. Exige sin embargo, para alcanzar toda su perfección, mantenerse en el espíritu de oración y que se evite forzar las notas elevadas. Una oración no exige, pide, aún cuando suplica con ardor; ella debe seguir siendo humilde"(30).

No es posible, en el marco de este artículo, comentar toda la secuencia, que es fresca y límpida. Miremos solamente las estrofas segunda y tercera.

*Veni pater páuperum,
Veni dator múnerum,
Veni lumen córdium (31)*

Estos tres *Veni*, de los que dos son parte del do - la subtónica -, son un pedido humilde, que subraya la joya del primer verso: *pater páuperum*. Ese título dado al Espíritu Santo va al fondo de la vida evangélica. Desde el comienzo del Sermón de la montaña, el Señor comienza las Bienaventuranzas por la de los pobres. "Felices los que tienen un alma de pobre, porque de ellos es el Reino de los cielos" (Mt. 5, 3). Job, considerando el tiempo de su prosperidad, exclama: "Yo era el padre de los pobres" (29, 16). Pero es el Espíritu que ahonda en nuestros corazones la capacidad de recibir sus dones, en esa pobreza de alma y esa pequeñez amante que es el mensaje de la mas jóven de los Doctores de la Iglesia, santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz. El Espíritu, que es el don de Dios, nos enseña a ser pobres para colmarnos.

30 - T. 2, *Le Temporal de Paques a l' Avent*, Abadia Sainte-Anne de Kergonan, 1948, p. 118.
31 - *Ven, Padre de los pobres, ven a darnos tus dones, ven a darnos tu luz.*

*Consolator optime,
Dulcis hospes animae,
Dulce refrigerium. (32)*

La melodía de esta estrofa se apoya sobre la dominante la para subir al re en una llamada vibrante al Consolador. El Espíritu es en efecto el Paráclito, el "abogado" que viene a colocarse junto al hombre que necesita ser defendido; así lo anuncia Jesús a sus Apóstoles en el discurso después de la Cena (Jn. 14,26; 15,26; 16,7); su presencia cambiará en alegría la tristeza de la separación de Jesús (16, 20-22). Así se cumple la voluntad antigua de Dios de "Consolar a su pueblo" (Is. 40, 1): "Soy yo, el que os consuela. Como aquél a quién su madre consuela, también yo os consolaré, en Jerusalén seréis consolados" (51, 12; 66, 13) (33). La vocación de la Iglesia es vivir en el temor de Dios y ser "colmados de la consolación del Espíritu Santo" (Hech. 9, 31; cf. 2 Co. 1,3-7).

La alegría profunda del cristiano, en la fe, es la dulce presencia del Espíritu de amor, según el cincelado de la segunda joya que se debe realzar. *Dulcis hospes animae*: "huésped muy dulce de nuestras almas", canta la traducción francesa. Por el Espíritu el Padre y el Hijo vienen a morar en nosotros, para cumplir todavía la promesa de Jesús (Jn. 14, 23). La dulzura es también un don del Espíritu (Ga. 5, 23), que califica a Jesús "dulce y humilde de corazón" (Mt. 11, 29), y que es la marca de sus discípulos, porque ella es primero un atributo de Dios: *Dulcis et rectus Dominus*, traduce finalmente la Vulgata el Salmo 24 (v. 8). La "frescura que endulza" que sigue, hace progresar ese bálsamo: ella da el *refrigerium* que evoca tradicionalmente al reposo de Cristo que espera a los elegidos después de sus pruebas (34).

Las estrofas siguientes vuelven sobre el reposo, la frescura y la luz. El Espíritu es invitado a venir a lavar, bañar y lavar; se lo implora para eliminar toda sequedad, rigidez o frigididad. El es verdaderamente el agua viva que no cesa, por sus siete dones, de sumergirnos en la intimidad de los Tres, nuestro "lugar" desde el bautismo y por la eternidad.

32 - *Consolador lleno de bondad, dulce huésped del alma, suave alivio de los hombres.*

La traducción que damos en las notas 31 y 32 es la del Misal Diario de Dom. G. Lefevre, vertida al español por el R.P. German Prado.

33 - Job era también "el que consuela a los afligidos" (29, 25, según el texto hebreo).

34 - El Canon romano pide para los difuntos "que descansan en Cristo" *locum refrigerii, lucis et pacis*: "un lugar de frescura, de luz y de paz", lo que es designar la fidelidad eterna o el paraíso. Cf. Ap. 14, 13.

Conclusión

Dos tesoros de la oración eclesial nos son conservados para pedir al Espíritu que venga a recrearnos en los dos sentidos de la palabra - creación nueva y solaz -, para derramar en nuestros cuerpos y nuestros corazones la dulzura y la frescura de su unción santa. El canto del *Veni Creator* y del *Veni Sancte Spiritus* ha amplificado la impresión hecha por esos dos textos venerables y complementarios. Difieren por su siglo, su género y su melodía, pero se responden, armonizados por Aquél a quien cantan y que los ha inspirado.

Carolingio, escandido por la noble versificación difundida por San Ambrosio, grave y solemne por sus palabras, el *Veni Creator* lo es todavía más por su canto, potente y tierno a la vez. Forma parte de la cultura de la Iglesia latina, dando a grandes celebraciones, como las ordenaciones, una atmósfera de intensa oración: es una verdadera obra maestra. Es glorioso, en el sentido primario de la palabra "gloria" en hebreo (*kabod*), que significa el "peso" o la "densidad" de un ser. El *Veni Creator* es de una gran densidad de plegaria, porque canta el peso del Amor que une al Padre y al Hijo en el Espíritu de gloria (1Pe.4, 14).

Medieval, ritmado por sus acentos y ordenado con sus rimas, el *Veni Sancte Spiritus* es más sensible, tanto por sus muy finas palabras como por su melodía variada. Fluído, alegre, tiene la ligereza del soplo. Al lado del *Veni Creator* parece maternal, femenino, y son sabidas las afinidades que existen entre la Virgen María, Madre de Dios, y el Espíritu que la ha fecundado. Tal cual son, el himno y la secuencia se graban fácilmente en la memoria del corazón, para hacernos comprender con fuerza y dulzura cuál es el deseo del Espíritu (cf. Rom 8, 27).